

## RECORDANDO A RULFO

No es la primera vez que Rulfo marcha al «reino de los muertos». Este reino, según las leyendas prehispánicas de México, transmitidas por los Cronistas, era el lugar adonde iban los que morían de muerte natural, le llamaban *Mictlán*. Hay varias interpretaciones de las Crónicas para definir si el *Mictlán* está en el norte o en el fondo de la tierra, pero se sabe que es uno de los lugares en que las almas que no fueron elegidas por el Sol o por Tláloc (guerreros, sacrificados, ahogados y mujeres que murieron de parto) padecían una serie de pruebas mágicas antes de volver, a los cuatro años, al descanso final.

Sahagún explica el proceso como buen recopilador de esta cultura. La *Leyenda de los soles*, que condicionará el pensamiento nahuatl posterior, contiene el tema del viaje de Quetzalcóatl al *Mictlán*, o «reino de los muertos», en el cual, tras numerosas aventuras, consigue rescatar los huesos de los hombres y mujeres, de los que surgirían los *macehuales*, «los merecidos por la penitencia», los hombres.

Este es el marco histórico-legendario, al que hay que añadir que el comportamiento en la vida no trasciende después de la muerte, debido al determinismo o fatalismo desde su nacimiento del mexicano.

Consciente de su cultura e impregnado por su amor a los antecedentes indígenas, por su conocimiento de las Crónicas prehispánicas y posteriores, Rulfo me contó hace unos años en la Ciudad de México \*: «Yo soy criollo, míreme, y mi nombre es Rulfo». Su conversación, fluida y modesta, estaba llena de anécdotas de sus viajes a zonas primitivas y de sus interpretaciones de las costumbres de muchos lugares que, debido a las fuertes raíces indígenas, chocaban con la incomprensión de ideas progresistas de algunos gobernantes. En un pueblo desenterraban a los muertos y echaban la culpa a los técnicos forasteros para que se marcharan... En otro,

---

\* Entrevista realizada en el Centro Mexicano de Escritores.

los nativos no querían ocupar unas casas sencillas construidas por el gobierno y volvían a sus cuevas. Rulfo, como asesor, tuvo que explicar el motivo: estos campesinos indígenas no querían abandonar los huesos de sus antepasados enterrados en sus hogares habituales.

Pero, cuando le pregunté cómo eran los habitantes de Comala en su novela *Pedro Páramo*, contestó sin vacilar «No tienen cara» y explicó «en esa zona de Jalisco no quedaron indígenas, no son indígenas». Para aclarar, que cuando se hizo la película *Pedro Páramo*, los encargados quisieron ver a los personajes de la región y lo que vieron fue a gente corriente.

Otra vez el encuentro con las máscaras mexicanas de que habla Octavio Paz.

La cultura indigenista de Rulfo, le había llevado al «reino de los muertos» —Comala— para reconstruir la vida de sus habitantes desde los restos o murmullos que dejaron como memorias, igual que Quetzacóatl hizo en su día. Un mito antiguo mexicano que, como los mitos de las culturas clásicas europeas se plasman en la literatura contemporánea. Octavio Paz ha comentado: «Los mitos mueren, pero también renacen.» Carlos Fuentes, en sus paralelismos mitológicos, también demuestra la universalidad y clasicismo de Rulfo. Sahagún, en el siglo XVI, ya comparaba a los dioses de ambas culturas.

Pero en mi entrevista con Rulfo se rompió mi mito con respecto a su inaccesibilidad y laconismo. Acababa él de volver de España (era antes de su popularidad y premios en este país), estaba contento, hablador, a su manera pausada, porque en realidad fue un monólogo suyo de horas, interrumpido dos o tres veces para encargar café; y tarde ya, se ofreció a llevarme en su coche viejo al hotel.

Después de un intervalo de unos dos años, la segunda entrevista fue tan cordial como la anterior, o sea, que se prolongó el primer monólogo. El tema de la consulta era la preparación de mi libro *La muerte en la vida y libros de México*. Lo que, después de su muerte, es motivo de un triste recuerdo y meditación.

Me decía: «El tomar la muerte como técnica en *Pedro Páramo* fue instintivo, no premeditado. Fue solución técnica. La muerte en función de un término vital.»

No hay duda de que la técnica de la muerte permite el aspecto irracional de la narración. Juan Preciado —personaje vivo— se introduce en un mundo de muertos, con los que «convive», reconstruyendo por sus murmullos, los episodios —lo mismo que el lector— del mundo legendario en que vivieron.

En *Pedro Páramo* todo es muerte, más deseada que rechazada, la que plasma personajes intangibles de forma alucinante. Maneja Rulfo la irrealidad para comunicarnos realidades subjetivas con técnicas maestras de tiempo y lugar.

Así, Rulfo eleva el ambiente rural mexicano, y a sus personajes, a una altura universal, los mitifica en un tiempo arquetipo.

En esta última entrevista, habló Rulfo de la muerte con familiaridad, con la familiaridad de la convivencia, como su personaje Juan Preciado, y con la familiaridad de un mexicano acostumbrado a la dualidad «vida-muerte», que está presente desde tiempos prehispánicos y que no se muestra solamente en el arte, costumbrismo y folklore, sino que tiene raíces más profundas; son atavismos difíciles de explicar de una manera lógica, pero que penetran en la mentalidad de la sociedad moderna, en donde se dan casos de personalidades que cultas y sensibles a su pasado meditan: «Esta tierra es mágica y nosotros somos místicos.»

¿Sería así Rulfo? ¿Sus raíces atávicas culturales le llevarían intuitivamente a tomar la muerte como técnica narrativa?

PILAR MARTINEZ  
Universidad de Ontario